

DOS DÍAS ANTES

Hice un par de trazos más y al fin levanté la vista del cuaderno. Comparé mi dibujo con el teatro real y lo calificué como decente. Las perspectivas seguían sin salirme bien. Cerré con un suspiro mi libreta y recogí el resto de mis cosas. Solo entonces me percaté del silencio que me rodeaba. Me había quedado solo. Como siempre, nadie se había acordado de mí. Me levanté rápido y me dirigí a la salida. No sabía cuándo había acabado la función ni dónde estaban mis compañeros, así que, por el momento, estaba perdido.

Ya estaba cerca de la puerta, sólo cuatro metros de distancia nos separaban, cuando todo el teatro fue invadido por una espesa niebla blanca. Esto me sorprendió bastante, ya que hacía un minuto brillaba el sol, pero ahora no había rastro de él. Luego, una dulce voz femenina comenzó a murmurar ininteligibles palabras. Vi entonces al otro lado del teatro a una chica de pelo rojo que caminaba con la mirada perdida de un lado a otro. Tuve la sensación de que era ella la que susurraba, pero estaba demasiado lejos como para que fuera esa su voz. Entonces se quedó quieta por un segundo y giró su cabeza para mirarme. Me recorrió el cuerpo un escalofrío al ver que desaparecía como si la niebla y ella fuesen el mismo ser. Di media vuelta para ver la parte del teatro que todo ese tiempo había quedado a mis espaldas, pero no la vi en ningún lado. Me giré otra vez con el fuerte deseo de abandonar ese lugar cuanto antes. El aire era tan denso que casi no podía respirar. Pero, justo delante de la salida, estaba la chica pelirroja, bien ataviada con un hermoso vestido negro y unas botas de ese mismo color. Ahora sí podía decir que era suya la voz. Vocalizaba muy mal, pero pude distinguir algo de lo que dijo: —... una lástima, una lástima. No te habría pasado nada si te hubieses marchado antes, ¿no? Pero no puedo arriesgarme. También yo debería haber sido más cuidadosa, pero no puedo cambiar mis horarios. Una lástima, una auténtica lástima...

Una chica rara, sin duda. Sabía que me hablaba a mí, pero, a juzgar por su mirada perdida, parecía que ni siquiera me veía. Entonces la miré por primera vez a los ojos y, por un momento, el aire se negó a entrar por mi nariz. La chica no tenía párpados. Ni iris. Ni pupila. Sólo tenía dos esferas de cristal en el lugar en el que debían ir los ojos. Podía ver a través de ellos. Luego, ella sacó seis largas agujas de metal directamente de su estómago. — No te asustes, cielo, no te dolerá nada — Sonríe. Era espeluznante —. Dulces sueños. Asegúrate de no gritar.

Y con esto, lanzó cinco de las cuchillas contra mi pecho, las cuales me atravesaron de lado a lado. Tenía razón. No dolía. ¿Acaso estaba muerto?

La sexta aguja alcanzó mi frente y me alivió saber que todavía podía sentir algo.

Entonces todo se volvió oscuridad y empecé a caer. Primero despacio, luego, no tanto. Cada vez iba más rápido, más rápido, ¡más rápido! Me daba miedo moverme, tenía la sensación de que, si lo hacía, explotarían todas mis venas.

No pasó mucho rato hasta que la caída llegó a su fin. Creí que con eso moriría, pero me impresionó la suavidad con la que toqué el suelo. Entonces los colores volvieron. No me había movido del lugar, pero el teatro se veía en mejor estado. Se había hecho de noche, aunque juraría que no había pasado tanto tiempo. Palpé mi pecho y frente, pero no encontré ninguna herida. Suspiré aliviado. Habría sido un sueño. Me habría quedado dormido y se había hecho de noche, eso era todo.

DOS DÍAS ANTES

Me levanté y fui a la salida. Ya estaba fuera cuando noté que no había cogido mi mochila. Me apresuré a entrar de nuevo, pero cuando llegué, no la vi por ninguna parte. “Se la habrá llevado alguien mientras dormía”, pensé, no muy convencido.

Escuché pasos y voces. Miré al escenario y vi a cuatro personas vestidas con túnicas blancas y horrendas máscaras. Ellos me observaban desde lejos. — Dulces sueños — Dijeron los cuatro a la vez —. Asegúrate de no gritar.

Ahora ellos se encontraban frente a mí. “Como ella”, pensé. Entonces extendieron sus manos hacia mi rostro y, cuando lo tocaron, volví a caer.

Cuando recuperé la consciencia, no pude ver nada en un principio. Tampoco podía escuchar, pero poco a poco fui recuperando los sentidos. Escuché a dos personas hablar, y una de ellas rompió a llorar. — ¡Ay, mi hijo, mi hijo...! No puede... no puede ser — Esa voz era de mi madre. — Lo siento, señora, pero ya no podemos hacer nada. Cuando le encontraron ya era demasiado tarde.

Estaba en el hospital. Me levanté de la cama y encontré a mi madre llorando. Era la primera vez que la veía así. Quería ir a consolarla, pero algo me dijo que me diera la vuelta, y así lo hice.

Estaba muerto. Yo estaba muerto. Pude verme a mí mismo tendido en la cama, sin respiración ni latidos. — Conque dulces sueños, ¿eh? — Dije para mí mismo — Bueno, yo no tenía sueño. En cambio, tú parecías agotada. Deberías descansar un poco, ¿no crees?

Antes de salir miré mi cuaderno, el cual estaba abierto por la última página sobre la silla. Era el dibujo que había hecho del teatro, y bajo él había una frase que decía: “Teatro de Clunia. Dos días antes